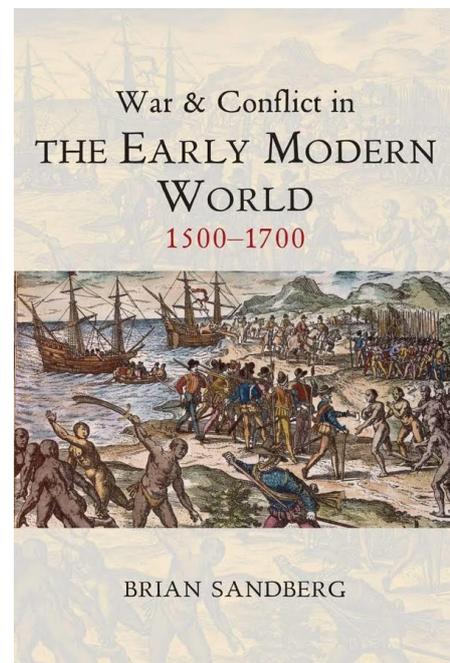


Brian SANDBERG: *War and Conflict in the Early Modern World 1500-1700*, Cambridge, Polity Press, 2016, 362 pp., ISBN: 978-0-745-64602-2.

Aitor Díaz Paredes
Universidad de Navarra

El reto de contar la primera globalización

Un libro difícil de escribir, es un libro difícil de reseñar. Con ese punto de partida arranca esta reseña, poniendo sobre aviso al lector. Sandberg intenta en este ensayo conseguir algo tremendamente complejo. En pocas palabras, su objetivo es escribir una historia global y comparada de los siglos XVI y XVII. El sujeto de estudio es la guerra, o mejor dicho, los tipos y formas de hacer la guerra enmarcados en el continuo histórico. Así, la guerra aparece enmarcada en una novedosa compartimentación estructurada en una serie de ciclos bélicos, protagonizados por las problemáticas políticas, comerciales, culturales y religiosas que desembocan en los conflictos que van sucediéndose durante la Alta Edad Moderna. La idea es tan ambiciosa como interesante, y así queda reflejada en el capítulo introductorio. En él, el autor propone una reinterpretación de las distintas aproximaciones historiográficas a la Edad Moderna. Para ello, se detiene en cada una de ellas, no sólo elaborando un breve resumen de las mismas, sino comentando sus puntos fuertes y sus carencias. Se trata de una introducción francamente valiosa, e inteligente, pues lanza la que probablemente sea la mejor idea del libro: es imposible hacer historia comparada si no se hace historiografía comparada.



Las aportaciones de los teóricos de la revolución militar son esenciales para el autor, pero, tal y como subraya Sandberg, son insuficientes. De poco sirve centrarse en las innovaciones tácticas o armamentísticas sin contextualizar y comparar los diferentes ejércitos europeos, y con ellos, dichas potencias occidentales, entre sí, y respecto a las potencias asiáticas –otomanos, mogoles y chinos, sobre todo–. Recogiendo lo que plantea en la introducción, Sandberg concluye el libro remarcando hasta qué punto guerra y globalización quedan unidas en el lapso que va de la llegada de los europeos al continente americano a la consolidación de esos imperios, siempre en relación y conexión con la progresión que llevan las potencias musulmanas y orientales. Ello, en consecuencia, le lleva a afirmar que el lento ascenso europeo a una posición de supremacía

global obedece a muchos más factores que a una incontestable superioridad tecnológica o táctica. Detalle indiscutible, siguiendo la lógica que emplea con acierto, al encontrarnos en un mundo interconectado y en el que las transferencias de conocimientos, personas y bienes son inevitables. Vemos, pues, un armazón teórico en apariencia bien ensamblado. El occidente europeo será en el 1700 el poder hegemónico, pero lo será para Sandberg tras un complejo proceso de dos siglos, siguiendo velocidades desiguales, experimentando profundas crisis, y enfrentándose a rivales de igual, e incluso superior, poderío económico y militar. Tal vez, Sandberg, en la obligación autoimpuesta de plantear esa historia transnacional y global, delate en su texto plagado de ejemplos europeos y contraejemplos asiáticos, amerindios y africanos la trayectoria claramente al alza que tiene el occidente europeo, difícil de ocultar entre ejemplos que, implícitamente, reconocen la mayor disfuncionalidad de los rivales. En todo caso, la idea es de enorme interés, el discurso está bien construido, y la aportación abre infinitas vías de investigación y debates a escala global.

Aplicando esa lógica, queda justificado el enfoque de lo que viene a continuación. Para desarrollar dicha aproximación a ese ideal de historia comparada y global, emplea la segunda gran idea de este libro. La periodización que utiliza para compartimentar las diferentes fases o etapas de los siglos XVI y XVII es realmente inteligente y refrescante. Lejos de ceñirse a los conflictos-bandera de cada momento, como podría ser la Guerra de los Treinta Años, es coherente con esa idea de globalización que quiere mostrar en todo momento. Así, las divisiones tradicionales de la historiografía occidental se reforman en nuevas etapas –la de la expansión marítima, la del desarrollo de los estados modernos, la de las guerras civiles de mediados del siglo XVII, etc.–, que además se superponen entre sí. Resuelve lo que en apariencia podría llevar a confusión, y lo hace con inteligencia y con un relato cohesionado, sabiendo colocar e hilvanar ejemplos extraídos de Europa, pero también de Asia, África y América. Todo ello sirve para evidenciar, una y otra vez, el enorme –y fascinante– grado de interconexión que se alcanza entre los cuatro continentes durante los siglos XVI y XVII, y que da sentido a esta obra. En esa integración de corrientes historiográficas y de formas de abordar los acontecimientos que van sucediéndose y entretrejiéndose a lo largo de los siglos XVI y XVII emerge el verdadero tema. No se trata de la guerra en sí, sino de la competición entre las diferentes potencias euroasiáticas, que, por lo general, desemboca en conflictos armados. Ahí reside el puntal de este ensayo: poner palabras a la evidencia de la primera globalización. Es en ese proceso de globalización donde reside el valor de lo que nos propone Sandberg. Marcado este territorio historiográfico en la introducción, y con unas elevadas expectativas, comenzamos a leer el libro.

Y es entonces cuando la experiencia no termina de ser completamente satisfactoria. La idea es demasiado ambiciosa, no tanto por el método, ni por el planteamiento, sino por la inmensidad del objeto de estudio que intenta abarcar. De ahí que una idea brillante termine por limitarse a sí misma. Para ilustrarlo, tomemos dos de los capítulos más interesantes y con mayor potencial. El noveno es el dedicado al tramo de 1620 a 1660, marco en el cual Sandberg da el protagonismo a los conflictos de tipo étnico e intercultural. Supone una muestra perfecta de lo que pretende el autor, que no es sino tratar esa cuestión a escala global. Desde los conflictos fronterizos y étnicos en

los límites de la Monarquía Hispánica, a la islamización de territorios como los Balcanes o el Sureste Asiático, pasando por las guerras entre poblaciones indígenas, hasta llegar a los conflictos entre esclavos africanos y colonos europeos. Se trata del último estadio de esa primera globalización, al alcanzar las culturas dominantes los márgenes territoriales de sus esferas de influencia, y resulta de enorme interés poder comparar diferencias y puntos en común entre las civilizaciones europea, islámica y oriental.

El capítulo undécimo, que abarca de 1640 a 1690, aborda lo que el autor considera como etapa de la guerra mercantil. De nuevo, el enfoque es interesante, y nos muestra hasta qué punto podemos hablar de globalización en el siglo XVII. Se nos habla de un mercado global, de unas redes comerciales y financieras totalmente imbricadas en la política exterior de los estados, tanto europeos como asiáticos, y de una carrera comercial mundial, en la cual los productos que se producen en un determinado lugar son exportados, manufacturados y reexportados a otro destino, interconectando cada rincón del mundo conocido. Trazando el viaje de un grano de café, se puede explicar no sólo el mercado, sino también la competitividad entre potencias enfrentadas por el control de las rutas comerciales, e, incluso, podemos conocer la evolución de los modos de sociabilidad, sean del burgés inglés o del soldado turco.

Precisamente, en estos dos capítulos seleccionados a modo de muestra, se ve a la perfección la virtud y el defecto de este ensayo. Al no profundizar en nada, y al pasar muy por encima por cada uno de los numerosísimos temas que van relevándose a gran velocidad, lo que podría ser una obra de referencia para generaciones venideras se ve encorsetado en su propia ambición. Ahí radica el problema: se mencionan hechos, se dan ejemplos, pero no se dan explicaciones, y por momentos parece más un repaso por continentes a los sucesivos acontecimientos que tienen lugar que un estudio en profundidad sobre la ingente cantidad de temas que salen a relucir.

Así pues, el mero intento de valorar esta obra para bien o para mal resulta tan insatisfactorio como el propio libro. La valía de lo que ha hecho Sandberg, en el mejor de los casos, depende de lo que esperemos de él. Como propuesta, como primera aproximación a esa historia global y comparada de los siglos XVI y XVII, y como libro de referencia del que partir a la hora de aproximarnos a un momento histórico más específico, tiene gran valor. Si queremos emplearlo como una suerte de manual o libro de consulta para la Alta Edad Moderna, es igualmente recomendable, pues la lectura es amena, está plagada de ejemplos que ilustran cada uno de los puntos tratados, como hemos mencionado anteriormente, y por lo tanto puede verse incluso como un buen trabajo de divulgación. El problema, desde nuestro modesto entender, es doble. En primer lugar, un título que puede dar pie a esperar una obra sobre el arte de la guerra en la Edad Moderna. Esto nos puede dar una falsa impresión, llevándonos a esperar encontrarnos ante un libro en la línea de los trabajos clásicos de Chandler, Childs o el propio Lynn. La guerra, más que el hilo conductor, es la excusa, el ruido de fondo, inevitable, pero, al menos esa es la sensación del lector, no porque la guerra moderna sea el sentido del libro, sino porque el autor, más bien, se la encuentra. A su vez, esa indefinición –que puede ser buscada dada la brevedad del texto, apenas trescientas páginas–, mezclada con la enorme extensión temporal que intenta abarcar, deja insatisfecho tanto al lector más avezado como al que busque un ensayo más orientado a la

historia militar. Si en lugar de abarcar dos siglos se hubiese centrado en uno de los muchos procesos que analiza y compara superficialmente tendríamos un clásico. No obstante, sería injusto no alabar la idea, ni la propia ejecución, pues se trata de un ejercicio de historia comparada y global puro, y sienta un precedente tremendamente interesante y con un enorme potencial. He ahí el agrisulce resumen de una idea brillante, pero demasiado ambiciosa, ejecutada con solvencia, pero falta de profundidad.

Queda en manos del lector de esta reseña el darle una oportunidad si se quiere tener una idea general –y sólo eso, iniciática– de qué ocurría en otros puntos del planeta, y hasta qué punto estos estaban interrelacionados entre sí y con Europa.